
ANTES Y DESPUÉS DE *EL SUICIDIO*: PRESENTACIÓN DE DOS TEXTOS DE DURKHEIM

Ramón Ramos Torre
Universidad Complutense

Publicado en 1897, *El Suicidio* (SU) tiene un antes y un después en la obra de Durkheim. Los dos pequeños trabajos que aquí se presentan permiten abo-
cetar esa historia. El primero es como un prólogo inmaduro a SU. Su lectura
permite calibrar más adecuadamente el carácter ruptural e innovador de la
monografía de 1897 no sólo en el panorama general de la indagación socioló-
gica, sino también en la propia biografía intelectual de Durkheim. El segundo
texto, más circunscrito, centrado en el problema de la relación del divorcio y el
suicidio, se muestra como un corolario polémico de SU. Permite comprobar
hasta qué punto Durkheim no concebía su sociología como una empresa polí-
ticamente trivial, sino como una tarea comprometida con la verdad y la reali-
dad, capaz de fundamentar propuestas prácticas muy precisas.

EL SUICIDIO COMO PROBLEMA: PRECEDENTES Y MOTIVOS

«Suicidio y natalidad: estudio de estadística moral», publicado en la pre-
stigiosa *Revue Philosophique* en 1888, es uno de los primeros escritos de
Durkheim. Es más, se puede decir que es su primer escrito autónomo y origi-
nal, ya que hasta entonces sólo había publicado recensiones más o menos
ambiciosas y los dos informes sobre la situación de la filosofía y la ciencia
social en Alemania (Durkheim, 1897*a* y 1897*b*), producto de su estancia esco-

lar en aquel país becado por el Gobierno francés a lo largo del curso académico 1885-86. Se puede, pues, asegurar que el suicidio como tema se sitúa en el punto de arranque de las preocupaciones intelectuales de Durkheim. Prueba adicional es que en 1889-90 le dedica en Burdeos un curso público, sobre cuyo contenido no tenemos información, pero que probablemente explotaría y ampliaría los datos del trabajo de 1888. Más tarde, en las páginas de *De la división social del trabajo*, su tesis doctoral defendida en La Sorbona en 1893 ante un tribunal muy hostil¹, vuelve, como se verá más adelante, sobre el asunto aunque en el marco de una problemática más amplia. Toda esta labor concluye con la publicación de SU en 1897. Sometido a un tratamiento sociológico definitivo, el suicidio queda consagrado como objeto de la nueva ciencia. Lograda su consagración, Durkheim no volverá sobre él más que de forma puntual y para especificar aspectos de lo ya propuesto. ¿Estaba agotado el tema? Con independencia de que lo estuviera o no, en realidad había sido ya desplazado como centro de atención por la religión, que, a partir de esas fechas, se convierte en el núcleo temático de la obra de Durkheim, su monomanía².

Pero volvamos al principio de esta historia. Hay una pregunta ineludible: ¿por qué el suicidio? Es de difícil contestación pues difícil resulta saber los motivos profundos que marcan el desarrollo de una línea de investigación. Se pueden proporcionar, sin embargo, algunas pistas para responderla. Tienen que ver con la experiencia humana de Durkheim, la situación de la ciencia social en la segunda mitad del XIX y el proyecto de la nueva sociología.

Lukes (1984: 49-52) ha apuntado un motivo personal no desdeñable. En 1886 se suicidó Hommay, compañero de estudios en la Ecole Normale, con el que desde entonces Durkheim había mantenido una estrecha amistad. El suicidio del amigo le causó una impresión profunda. Fue Durkheim quien escribió su necrológica en el *Anuario de Antiguos Alumnos de la Escuela Normal* (Durkheim, 1887c). En ese escrito ya aparecían consideraciones sobre el aislamiento y la pérdida de sentido propios del mundo sociocultural contemporáneo, muy en la línea de los que darán su tono moral a las reflexiones sobre el suicidio egoísta en SU. He aquí un primer motivo que no parece desdeñable.

Evidentemente, tampoco es suficiente, pues no todo se puede reducir a azares y razones tan particulares. En realidad, puede decirse que Durkheim no hizo sino toparse con un tema que, cuando empezó a trabajarlo, ya llevaba más de un siglo en el centro de atención de las incipientes ciencias sociales. He

¹ Sobre las discusiones en la defensa de la tesis hay un amplio resumen en Lukes (1984: 295-300). Hago notar estas dificultades porque muestran de qué manera la nueva sociología de Durkheim encontraba fuertes dificultades, es decir, se presentaba con un claro déficit de legitimidad.

² Sobre esta reorientación hacia la religión como objeto eminente de análisis sociológico, véase Ramos (1982). Este cambio es tanto temático como metodológico. A partir de ese momento, en efecto, la sociología de Durkheim —y de la mayoría de los durkheimianos, con la excepción de Halbwachs— se construirá a partir de fuentes cualitativas (etnográficas, historiográficas), dejando de lado el estudio de las estadísticas sociales. Sobre el tema, véase Oberschall (1990).

aquí un segundo motivo poderoso: el desembarco en una temática normalizada sobre la que estaba acumulada una ingente labor de investigación.

Dos trabajos de Giddens (1965) y Douglas (1966) proporcionan una rica información sobre la historia de las investigaciones sobre el suicidio con anterioridad a Durkheim. Ya en 1773 se había publicado un *Traité du Suicide* en el que se llamaba la atención sobre la elevación del número de suicidios en la sociedad moderna. Por lo demás, en la primera mitad del XIX la literatura romántica puso al suicidio en el centro dramático de sus lánguidas historias y el nuevo Estado burocrático-nacional fue poco a poco proporcionando los datos estadísticos con los que pasar de la ensoñación literaria a la constatación y cuantificación del fenómeno. Se crearon así las condiciones para una nueva aproximación a su estudio. En tal circunstancia surgió lo que se ha dado en llamar la escuela de los Estadísticos Morales, formada por una pléyade de estudiosos de cuyos trabajos Durkheim obtendrá gran parte de la información para sus indagaciones: Guerry, Etoc-Demezy, De Boismont, Lisle, Morselli, Öttingen, Wappons, Masaryk, Wagner, Bertillon, etc.

Su trabajo fue ingente. Sus múltiples investigaciones fueron fijando la información estadística relevante y explorando múltiples correlaciones entre las variaciones de la tasa de suicidios y distintos fenómenos sociales o de otro tipo: períodos de cambio social o depresión económica, situación socioeconómica, crimen y homicidio, alcoholismo, asentamiento rural/urbano, religión, género, edad, estado civil, desórdenes mentales, estación del año, día de la semana, hora del día, etc. Lo que encontró Durkheim no fue, pues, un territorio virgen, sino un terreno muy explorado en el que se habían acumulado informaciones estadísticas fiables, correlaciones empíricas de orden muy variado e hipótesis explicativas muy distintas. Al recoger el tema no hizo, pues, sino seguir la estela de una tradición arraigada de estudios. Al principio, como veremos, de forma muy ortodoxa. Sólo con la publicación de SU se acabó situando en una perspectiva distinta: ya no la de la Estadística Moral, sino la de la Nueva Sociología.

Fueron los requerimientos de ese proyecto sociológico los que también incidieron en la elección del tema. He aquí un tercer motivo, pero ya de orden epistemológico. El gran problema que enfrentaba la nueva sociología de Durkheim era el de su legitimación como empresa científica autónoma. Dado su positivismo de base, esa tarea llevaba a una estricta delimitación de su campo en relación con las otras ciencias del hombre, sobre todo frente a la psicología. El interés por la estadística y el suicidio se planteó en este contexto³.

³ Ya Quetelet, el padre de la Estadística Moral, había subrayado la significación epistemológica de los datos estadísticos. Algunas de sus consideraciones son prefiguraciones de argumentos durkheimianos. Y así: «Los fenómenos morales observados en masa se asemejan a los fenómenos físicos y nos obligan a admitir como principio fundamental de este tipo de investigaciones que cuanto mayor sea el número de individuos observados, tanto más desaparecerán las peculiaridades individuales, sean físicas o morales, haciendo predominantes las series de hechos generales por los que la sociedad existe y permanece» (Quetelet, citado en Daston, 1990: 301). Fue, en efec-

Su objetivo no era otro que mostrar de qué manera lo aparentemente más personal, íntimo, psicológico, era un hecho socioestadístico que podía estudiarse y explicarse sociológicamente. Realizada la hazaña, el proyecto autónomo de la sociología debería ganar una consagración definitiva. De ahí los desvelos de Durkheim por el suicidio y su relevancia temática en la primera parte de su obra.

DURKHEIM COMO ESTADÍSTICO MORAL

Hay una diferencia aparentemente anecdótica en los subtítulos del artículo de 1888 y el libro de 1897. El trabajo sobre suicidio y natalidad lo subtítulo Durkheim «estudio de estadística moral», mientras que en el caso de SU especificó que se trataba de un *estudio de sociología*. Esta diferencia terminológica es en realidad crucial y muestra la distancia que existe entre los dos trabajos. En el primero, Durkheim siguió la orientación fijada por la ciencia social del momento, mientras que en el segundo introducía un punto de vista innovador, el de su sociología. Unas pocas indicaciones sobre el texto de 1888 bastarán para comprobarlo.

«Suicidio y natalidad» parte de la constatación de una supuesta ley social según la cual una tasa muy alta o muy baja de natalidad comporta tasas altas de suicidio. Durkheim se interesa especialmente por la segunda relación, que no le parece suficientemente explorada y explicada. Mostrada la correlación entre la disminución de la tasa de natalidad y la agravación de la tasa de suicidios, su argumentación es sencilla y eficaz. Como una tasa de suicidio alta es un hecho patológico, también lo debe ser aquello con lo que se correlaciona de forma sistemática, la baja natalidad. Ésta resulta del debilitamiento de la familia. Ahora bien, todo lo que suponga el debilitamiento de los sentimientos familiares (soltería, divorcio, carencia de hijos) se convierte en una causa de patología social que acaba mostrándose en el incremento de la tasa de suicidio. En consecuencia, concluye Durkheim, «si el suicidio progresa cuando declina la natalidad es porque ambos fenómenos son producto de una regresión de los sentimientos domésticos» (Durkheim, 1888: 462).

Así se genera una hipótesis general que va más allá de la correlación concreta entre el suicidio y la natalidad. Dice esta hipótesis que toda crisis de la institución familiar se proyecta en forma patógena, generando un incremento del malestar social. ¿Por qué? En el nivel de elaboración teórica alcanzado en este trabajo la propuesta explicativa no está muy elaborada: se apoya en la naturaleza humana y los sentimientos familiares. Durkheim argumenta, en efecto, que «es porque la vida en familia está inscrita en la naturaleza del orga-

to, la estadística la que proporcionó las pruebas retóricamente más definitivas sobre la existencia de un mundo social específico, diferenciado de la mera suma de los individuos, lo que explica el interés de Durkheim en la explotación de sus datos.

nismo humano [...] El hombre está hecho para unirse con algún semejante en una comunidad más estrecha de lo que suponen las relaciones mundanas o la simple amistad [...] y formar parte de] una masa compacta de la que es solidario y que multiplica sus fuerzas» (*ibid.*: 463).

Hasta aquí las tesis del artículo. En sus páginas encontramos tópicos que aparecerán en SU. La lista es amplia: *a*) la idea de que la tasa del suicidio es un termómetro del malestar social que «traduce en cifras las enfermedades sociales» (*ibid.*: 447); *b*) el concepto de patología como un exceso o defecto en relación a un valor intermedio ya que «todos los fenómenos vitales tienen una zona normal más acá o más allá de la cual se convierten en patológicos» (*ibid.*: 460); *c*) la elaboración de los datos estadísticos para fijar correlaciones firmes o leyes sociales que han de ser interpretadas en un nivel de mayor abstracción; *d*) el rechazo de las explicaciones bio-psicológicas y la apuesta por el principio de que «en las cuestiones sociales es el punto de vista social el que predomina» (*ibid.*: 463); *e*) por último, el tono moral de la argumentación que utiliza imágenes del tipo «el viento frío del egoísmo que hiela los corazones y abate el valor» (*ibid.*: 463), tan frecuentes y eficaces en SU.

Pero es evidente que «Suicidio y natalidad» sigue siendo un estudio de estadística moral y no la premonición o esbozo parcial de SU. No se trata tan sólo de que los datos con los que trabaja Durkheim sean mucho más limitados y no reciban el más sofisticado tratamiento que recibirán en 1897⁴; lo realmente relevante es que todavía no se dispone del marco analítico que aparecerá en SU, ni de nada que lo prefigure o se le parezca. Al no disponer de una teoría del orden social, Durkheim es incapaz de distinguir los aspectos regulatorios de los integradores del grupo doméstico y al final se ve abocado a explicar los hechos exclusivamente a partir de las características idiosincrásicas de la vida familiar, presentada como una necesidad natural del ser humano civilizado. La correlación empírica entre suicidio y natalidad no aparece así como un caso demostrativo del modo en que operan ciertos universales sociales que, más allá de la institución familiar, son propios de todas las instituciones sociales. El nivel de abstracción es limitado y, al modo de la estadística moral, parece que basta con fijar y conectar un conjunto limitado de correlaciones empíricas, aderezadas con argumentos *ad hoc*, para mostrar un compacto mundo de hechos sociales sometidos a leyes propias.

La publicación de DTS no cambia mucho las cosas, a pesar de la mayor ambición teórica de la obra. El suicidio sigue apareciendo como un indicador inequívoco de la indigencia moral del mundo moderno. La tesis es llevada hasta su extremo. Según Durkheim, el suicidio sólo aparece con la civilización. Dice referirse al «verdadero suicidio, el suicidio triste [que] se presenta en un estado endémico entre los pueblos civilizados» (Durkheim, 1893: 226). Por el

⁴ En SU, reafirmando en lo sustancial lo propuesto en el artículo sobre suicidio y natalidad, se llama la atención sobre la limitación de los datos entonces disponibles y se procede a abordar de nuevo el tema con datos más ricos y sofisticados. Véase Durkheim (1897: 208-209).

contrario, lo que impropriadamente se llama suicidio primitivo no es un acto de desesperación, sino de abnegación. En razón de esto, todos los indicadores del progreso de la civilización correlacionan positivamente con el incremento de la tasa de suicidio, lo que muestra que, aunque sea de forma transicional, la civilización va de la mano de una «pérdida de la felicidad media» (*ibid.*: 225) de las sociedades.

Las pocas páginas de DTS (*ibid.*: 225-230) dedicadas directamente al tema resultan, pues, inequívocas. El marco analítico de SU todavía no está disponible. Lo prueba la negativa a aceptar como tal el suicidio altruista, pero también la identificación absoluta del suicidio con lo que denomina el suicidio triste, es decir, con lo que en SU será su variante egoísta. A pesar de que en la última parte de la obra Durkheim vaya a hacer su primera exploración sistemática sobre la patología social contemporánea e introduzca el concepto de anomia, no hay atisbos de que lo aplique al suicidio porque todavía está pensando en el marco de su trabajo de 1888.

Se puede, pues, concluir que hasta la publicación de SU los análisis de Durkheim sobre un tema que consideraba tan crucial seguían situándose en la perspectiva de la estadística moral. De ahí la significación de esa obra, producto de una lenta gestación que dará un fruto decisivo en la reorientación teórica de la sociología durkheimiana.

UN APÉNDICE DE *EL SUICIDIO*

En una carta dirigida a su amigo y colaborador Bouglé, fechada en julio de 1897, decía Durkheim algo que retrata bien su personalidad intelectual. Refiriéndose a ciertas propuestas del libro recién publicado, comentaba: «quizás hubiera sido más político no presentar las cosas de esta manera. Pero qué quiere usted, es más propio de mi naturaleza presentar mis ideas por el filo que por el canto» (Durkheim, 1975: 400). La autocaracterización de Durkheim viene al caso porque SU estaba lleno de tesis incómodas, rotundas, afiladas. Una de ellas lo era especialmente porque, tras mostrar que la tasa de suicidio se correlacionaba con la del divorcio, encontraba que lo hacía en dos sentidos distintos según se tratara de hombres o de mujeres. En el caso de aquéllos resultaba que a más divorcios, más suicidios; en el de éstas, lo contrario. En consecuencia, si el divorcio «preservaba» en vida a las mujeres, agravaba la situación de los varones casados. ¿Qué hacer? Sobre todo, ¿qué proponer como sociólogo-terapeuta? Durkheim no pareció dudar. A su entender, era necesario preservar el vínculo familiar, restringir el divorcio, aunque sólo tuviera efectos favorables sobre los infelices varones. Tan salomónico juicio se mostraba como la apoteosis de un patriarcalismo sin recato⁵.

⁵ Sobre el tema, véanse Besnard (1973), Tiryakian (1981), Ramos (1996).

«El divorcio de mutuo acuerdo» (Durkheim, 1906) se sitúa en la estela de tales escándalos⁶. Es representativo del modo en que Durkheim administró el legado de SU. En él se vuelve al tema planteado para reafirmar las tesis fundamentales, aunque con algunas variaciones argumentales de la mano de una relectura parcial de los datos. Además, muestra de qué manera concebía Durkheim la sociología, ciencia volcada a la acción que bien podía convertirse en consejera de políticos prudentes. Pues lo fundamental en este escrito es la idea de que los datos y propuestas interpretativas proporcionados por la investigación sociológica han de ser tomados en consideración en la conducción de los asuntos públicos.

En lo que atañe al suicidio, Durkheim sólo quiere matizar los datos ya presentados en SU. Enfrentado al escándalo de la antinomia práctica que resulta de las relaciones entre divorcio, género y suicidio, opta por una nueva presentación de la evidencia empírica. Resulta ahora que lo que se había mostrado en SU no era todo lo afinado que hubiera sido deseable. En efecto, Durkheim se empeña en mostrar que la tasa más favorable de suicidios de las mujeres casadas en relación a las solteras es debida a un agravamiento especial del suicidio de las solteras en un medio urbano como el de París. Si esto es así, entonces se puede concluir que el divorcio no tiene especiales repercusiones (favorables o desfavorables) sobre la tasa de suicidio de las mujeres. Como, por otro lado, sí tiene efectos desfavorables sobre la tasa de suicidio de los hombres, es entonces lícito apostar por la restricción del divorcio apoyándose en razones de salud pública. La dura sentencia salomónica de SU es así sustituida por el prudente consejo de un científico social que quiere favorecer a la doliente humanidad en su conjunto.

No voy a entrar en la ponderación de los datos sobre los que se basa la argumentación de Durkheim⁷. Quisiera tan sólo destacar ciertos rasgos que, siendo muy claros en este escrito, proyectan luz sobre las características profundas del tratamiento durkheimiano del suicidio en su conjunto. Destacaré tres: el tratamiento de lo normativo, el moralismo patriarcal de fondo y la relevancia pragmática de la sociología.

A Durkheim le interesa menos la práctica efectiva del divorcio que el efecto que tiene sobre las expectativas de los agentes humanos la posibilidad de que las instituciones sean precarias, estén abiertas a la incertidumbre normativa. Ya en SU había asegurado que si el matrimonio «asigna a la necesidad de amar un objeto rigurosamente definido y cierra el horizonte», el divorcio, por su parte, hace que «el porvenir quede menos garantizado» (Durkheim, 1897: 304-305). Estos tópicos son reafirmados hasta constituir la columna vertebral

⁶ Véase también la intervención de Durkheim (1909) en un debate sobre el divorcio en el que se reiteran las tesis de este artículo.

⁷ Estudiándolos y comparándolos con los datos de SU, Besnard (1973: 57-60) destaca que no corroboran la nueva interpretación de Durkheim y que sólo se hacen plausibles en función del prejuicio patriarcal que convierte a las mujeres en seres no afectados por las instituciones sociales.

del escrito. Surge la imagen del matrimonio como anclaje realista al mundo que «impide que el corazón se agite y se atormente en vano en busca de momentos de felicidad, imposibles o decepcionantes; facilita la paz al corazón, el equilibrio interior, que son requisitos esenciales de la salud moral y la felicidad» (Durkheim, 1906: 552). Pero un matrimonio que se *pueda* romper con facilidad deja de tener tales virtudes. Se arrastra hacia el vacío de la anomia, que así queda definida, en uno de sus planos semánticos, no como ausencia de reglamentación, sino como una reglamentación frágil que no puede actuar sobre las expectativas de los agentes proporcionándoles la certeza que precisan. De ahí que se asegure que «una reglamentación de la que uno puede librarse en cuanto le venga en gana deja de ser una reglamentación [...] un freno que pueda moderar los deseos y, al moderarlos, los aplaque» (*ibid.*: 552). La anomia no es sólo vacío, sino expectativa de vacío en razón de la fragilidad institucional.

Estas precisiones sobre las características de lo normativo van de la mano de ese tan característico abuso del moralismo patriarcal propio de los escritos de Durkheim. En la reconstrucción lingüística de las densas relaciones entre matrimonio, divorcio, género y suicidio, Durkheim parece preso del síndrome Bovary, la anti-heroína de Flaubert⁸. La mujer es temida pues, se apunta, «está un poco al margen de los efectos morales del matrimonio», institución que «no afecta sino en escasa medida a [su] constitución moral» (*ibid.*: 551). Es como si los principales tópicos y temores colectivos de la sociedad burguesa, que la novela del XIX exploró con tanto éxito, actuaran de telón de fondo dictando la prosa de un investigador que se quiere solamente desapasionado observador científico. La idea de una felicidad monótona y sin sobresaltos, de un mundo sin entusiasmo en el que rige el prudente principio del deber, de una realidad que compensa su ilimitada apertura natural con un cierre social que genera certeza y seguridad, de un deseo que está siempre al acecho para arruinar el silencioso obrar de siglos de civilización humana: todos estos tópicos y temores se insertan en la prosa de Durkheim y le proporcionan su característico tono moral.

Pero el moralista se afirma siempre como sociólogo. Como tal, no se limita a observar el mundo, sino que también quiere orientarlo institucionalmente. Se convierte así en consejero público que advierte sobre «los riesgos tan considerables» (*ibid.*: 552) que se corren cuando se adoptan medidas legislativas no suficientemente sopesadas en sus consecuencias. Este rasgo está presente en toda la obra de Durkheim, incluso en aquellos escritos que más se apartan del estudio del mundo contemporáneo. En el texto que comento es central. Es incluso admirable la seguridad del autor a la hora de abogar por una medida legislativa. Esta seguridad dimana de la insospechada contraintuitividad del argumento de fondo. Pues contraintuitivo es que la consecuencia del divorcio

⁸ Baudelot y Establet (1984: 40, 112) apuntan esta conexión entre el drama anómico y la figura emblemática de Emma Bovary.

de mutuo acuerdo sea el aumento de los suicidios. ¿Qué tiene que ver, se pregunta el lego, lo uno con lo otro? El sociólogo lo sabe y lo muestra, pues ve lo que está oculto a los ciegos personajes del drama social. Y así, como el viejo Tiresias, puede no ser escuchado. Pero también, como Tiresias, será el único capaz de haber visto lo sustancial.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUDELLOT, C., y ESTABLET, R. (1984): *Durkheim et le suicide*, París, PUF.
- BESNARD, P. (1973): «Durkheim et les femmes ou *Le Suicide* inachevé», *Revue Française de Sociologie*, 14: 27-61.
- DASTON, L. (1990): «Rational individuals versus laws of society: from probability to statics», en L. Krüger, L. Daston y M. Heidelber (eds.), *The Probabilistic Revolution. Vol. 1: Ideas in History*, Cambridge, MIT Press, pp. 295-304.
- DOUGLAS, J. D. (1966): «The sociological analysis of social measuring of suicide», *Archives Européennes de Sociologie*, 7: 249-275.
- DURKHEIM, E. (1887a): «La philosophie dans les universités allemandes», *Revue Internationale de l'Enseignement*, 13: 313-338 (recogido en E. DURKHEIM, *Textes*, París, Minuit, 1975, vol. III, pp. 437-486).
- (1887b): «La science positive de la morale en Allemagne», *Revue Philosophique*, 24: 33-58 (recogido en E. DURKHEIM, *Textes*, París, Minuit, 1975, vol. I, pp. 267-343).
- (1887c): «Necrologie d'Hommay», *L'Annuaire de l'Association des Anciens Élèves de l'École Normale Supérieure*, 9 de enero: 51-55 (recogido en E. DURKHEIM, *Textes*, París, Minuit, 1975, vol. I, pp. 418-424).
- (1888): «Suicide et natalité: étude de statistique morale», *Revue Philosophique*, 26: 446-463 (recogido en E. DURKHEIM, *Textes*, París, Minuit, 1975, vol. II, pp. 216-236).
- (1893): *De la división social du travail*, París, Alcan (citas por la edición PUF, París, 1973).
- (1897): *Le suicide. Etude de sociologie*, París, Alcan (citas por la edición PUF, París, 1973).
- (1906): «Le divorce par consentement mutuel», *Revue Bleue*, 44, 5: 549-554 (recogido en E. DURKHEIM, *Textes*, París, Minuit, 1975, vol. II, pp. 181-194).
- (1909): Contribución al debate «Divorce et mariage», *Libres Entretiens*, 5 série: 258-259, 261-262, 266-267, 270, 273, 277-278, 293 (recogido en E. DURKHEIM, *Textes*, París, Minuit, 1975, vol. II, pp. 206-215).
- (1975): *Textes*, París, Minuit, vols. I, II y III.
- GIDDENS, A. (1965): «The suicide problem in French sociology», *British Journal of Sociology*, 16: 1-18.
- LUKES, S. (1984): *Emile Durkheim. Su vida y su obra*, Madrid, CIS.
- OBERSCHALL, A. (1990): «The two empirical roots of social theory and the probability revolution», en L. Krüger, G. Gigerenzer y M. S. Morgan (eds.), *The Probabilistic Revolution. Vol. 2: Ideas in the Science*, Cambridge, MIT Press, pp. 103-131.
- RAMOS, R. (1982): «Estudio preliminar» a E. DURKHEIM, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal, pp. I-XXX.
- (1996): «Los saberes del patriarca: Emile Durkheim y el suicidio de las mujeres», en M. A. Durán (ed.), *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*, Madrid, CIS, pp. 65-72.
- TIRYAKIAN, E. (1981): «Sexual anomie, social structure, societal change», *Social Forces*, 59: 1025-1053.